

RESEÑA DE LIBROS

GROWTH, WAGES, MONEY: *The Marshall Lectures for 1960*, por Sir DENNIS ROBERTSON. Cambridge, 1961.

He aquí las tres lecciones que dictó Sir Dennis Robertson en la famosa Cátedra Marshall en el otoño de 1960. El septuagenario maestro, apartado de las funciones docentes desde 1957, trata el tema de la estabilidad y el desarrollo envolviéndolo, como de costumbre, en una chispeante retórica, donde la ironía mordaz, la frase ingeniosa o la metáfora humorística se combinan con una profunda sabiduría económica y un buen sentido poco frecuentes. Y, como siempre en los escritos de Sir Dennis, la pirueta o el destello ingenioso dificultan, a veces, la recta comprensión de la línea argumental.

Es casi seguro que Sir Dennis Robertson, si pudiera dar marcha atrás a la rueda del tiempo, hasta situarse en el momento en que el Gobierno le ofreció formar parte, como economista, del Comité Cohen sobre Precios, Productividad y Rentas, se apresuraría a declinar el ofrecimiento y consideraría que había hecho uno de los mejores negocios de su vida. Nosotros hubiéramos perdido uno de los más perfectos informes que se han publicado sobre temas económicos, pero él habría ganado en tranquilidad y se habría ahorrado el verse convertido, durante varios meses, en diana de una injusta campaña de críticas, alimentada por los dogmáticos de izquierdas —que son

aún peores, si cabe, que los dogmáticos de derechas, pues hacen ostentación de una amplitud de espíritu que su conducta desmiente. Sir Dennis Robertson dijo en los dos primeros Informes Cohen lo que creía razonable en conciencia; y lo allí escrito merecía general respeto, ya que no universal conformidad, por quién lo decía y por cómo lo decía. Pero Sir Dennis tuvo poca suerte, y, desde entonces, se encuentra en la molesta situación de quien siente que le han echado los percos cuando ya se encontraba cansado.

Las tres lecciones que ahora ha dictado en la Cátedra Marshall son, en esencia, una reafirmación del punto de vista expuesto en los primeros Informes Cohen, que puede resumirse con sus propias palabras: "... Si estamos resueltos, y con razón, a hacer todo lo posible para eliminar las recesiones agudas, entonces se ha hecho más importante para nosotros que para nuestros antecesores el cuidar de que la expansión y el desarrollo se busquen por métodos y con ritmos que eviten poner continuamente en peligro nuestra unidad de valor". Este es el tema central de las lecciones, la primera de las cuales está dedicada a una donosa exploración del "frondoso jardín de los modelos", del desarrollo para ver si en ellos cabe encontrar alguna propo-

sición concluyente que le fuerce a aclarar sus puntos de vista. Quien no se divierta leyendo estas páginas debe comenzar a preocuparse de su salud mental seriamente. Sir Dennis, manipulando modelos a su antojo; poniendo al descubierto sus contradicciones, su irrealismo o su falta de carácter concluyente; señalando su excesiva preocupación formalista y el frecuente olvido de que el objetivo es un recto entendimiento de las causas; destapando verdades obvias enmascaradas en presentaciones esotéricas, llega a la conclusión de que su contribución positiva al entendimiento de los problemas del desarrollo es poco menos que nula, y propone, como pregunta de examen en Cambridge, la siguiente: "Compárense y contrástense los modelos de desarrollo de Harrod, Domar, J. Robinson, Kaldor Modelo I, Kaldor Modelo II, Kaldor Modelo III, Hahn, Matthews, Goodwin, Champernowne, Hicks, Little, Duesenberry, Tobin, Feller, Solow y Swan. ¿Cuál le parece la tontería mayor, y por qué?" Aplíquese el tipo de descuento que se quiera por exageración, y aún quedará un buen fondo de verdad en las palabras del Profesor Robertson.

No encontrando en los modelos razones serias para modificar su proposición central antes citada, pasa a considerar las posibilidades de una política monetaria para mantener la demanda en esa estrecha zona donde el desarrollo no hace peligrar la estabilidad monetaria.

Pero existe una cuestión previa: por qué pudiera suceder que, en el mundo occidental, las presiones alcistas no tengan su origen en una demanda excesiva, sino en un impulso ascendente de los costes, como consecuencia de la estructura del mercado de trabajo. Ro-

bertson expone, de nuevo, el punto de vista sostenido en los Informes Cohen. a saber: que una demanda excesiva es factor condicionante del éxito de las presiones sindicales.

Relegado a segundo plano el problema de la inflación de costes, Robertson pasa a considerar las posibilidades de actuación de una política monetaria flexible. Su argumento discurre al hilo de dos puntos esenciales del Informe Radcliffe: la necesidad de que la política de tipos de interés se extienda al mercado a largo plazo y no se limite a los tipos a corto —posición ya defendida por Robertson en sus *Lectures on Economic Principles* (vol. III, cap. V)—, y la conveniencia de que las autoridades no se limiten a considerar la cantidad de dinero en manos del público y tengan en cuenta, más bien, la *liquidez general* de la economía. Robertson se muestra disconforme en este último punto, que es, sin duda, el pivote teórico central del Informe Radcliffe y el punto que más ha sido discutido y criticado. Robertson, aun admitiendo que la cantidad de dinero no lo es todo, considera que constituye la base esencial de la liquidez del sistema sobre la que han de actuar las autoridades monetarias, y se permite dudar de que el manejo de los tipos de interés a largo plazo deba hacerse con vistas al llamado "efecto Roosa" —un alza de los tipos a largo plazo, reduce el valor capital de los títulos de renta fija y desanima a las instituciones prestamistas no bancarias— y no con vistas al efecto de incentivo directo. Bien conocido es el escepticismo de Robertson respecto del carácter concluyente de los resultados de las encuestas sobre los efectos del tipo de interés: "encadenar el tipo de interés" parece poco razonable, decía en 1949, comentando la supuesta falta de influencia del tipo de

interés sobre las decisiones empresariales.

En fin, nada ha de buscarse en estas lecciones que no haya dicho antes Sir Dennis Robertson. En buena parte, se trata, simplemente, de una nueva exposición de lo escrito en el primer

Informe Cohen y en el tercer volumen de sus *Lectures*. Pero sumergirse en el río mental de Sir Dennis es siempre una experiencia fructífera; y, desde luego, nunca aburrida.

LUIS A. ROJO

JAIME VICENS VIVES: *Cataluña en el siglo XIX*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1961; 452 págs.

Aunque nos hallamos ante un libro de historia general de Cataluña —su título original "Els catalans en el segle XIX" lo prueba—, tiene un gran contenido económico la versión castellana ofrecida por la Biblioteca del Pensamiento Actual de la obra del profesor Vicens Vives. En efecto, conocida la afición del autor hacia el estudio y la interpretación de los hechos económicos no podía faltar en esta obra el análisis de la economía catalana a lo largo del 800. Junto al estudio concreto y agudo de los grupos sociales integrantes del pueblo catalán: burgueses, intelectuales y proletariado, y del examen de los cambios generacionales y, en general, de toda la mecánica histórica del siglo XIX, el autor dedica una especial atención a los distintos aspectos de la economía de Cataluña.

Los apartados que se estudian abarcan la demografía, la agricultura, la industria, el comercio y el mercado financiero, principalmente.

Empezaremos por examinar el cuadro que en el aspecto de la población presentaba la Cataluña del siglo XIX.

El año 1861 marcó el máximo de la plenitud demográfica de Cataluña con el nacimiento de unas 63.000 personas. Para una población que entonces se acercaba a la cifra de 1.700.000 habitantes esto representa un coeficiente de

37 por 1.000. Veinte años después, según Vandellós, empezó el declive que situaría rápidamente a Cataluña entre los pueblos menos prolíficos de la Tierra.

La población catalana suponía en 1787 el 7,8 por 100 de la total española; en cambio, en 1857 llegaba al 10,7 por 100. Este empuje se detuvo, sin embargo, en la mitad del siglo, que acabó, tras una ligera inflexión, con la proporción de 10,6 por 100. Con todo, hacia 1900 Cataluña había alcanzado, con cerca de dos millones de habitantes, una sólida posición con respecto a los demás territorios de España, mucho más firme de lo que a primera vista parece con esa pequeña décima parte de la población total, aunque, indudablemente, es muy exagerada la afirmación del autor sobre lo que representaba aquella población en riqueza, cultura y dinamismo: la mitad bien cumplida, o algo más de toda España, según sus palabras. Ahora bien, el cambio de signo en la balanza del equilibrio peninsular, que, según sabemos, se inició en el siglo XVIII, pero que no se hizo patente con toda su fuerza hasta el último tercio del XIX, fué el hecho que planteó más agudamente el problema de la modificación de la estructura política de España.

El período de 1886 a 1900 señaló par-

Cataluña el tránsito de una demografía autónoma, basada en la economía agraria de la vid y en el comercio de exportación colonial, a una demografía mixta, manifestada a través del despliegue tentacular de la industria catalana sobre España, siguiendo las arterias de la red ferroviaria que acaba de ser completada en dichos años.

Durante casi todo el siglo XIX Cataluña, según Vicéns Vives, es un pueblo acusadamente joven, según se deduce del examen de algunos datos locales sobre Igualada y Granollers, que comenta detalladamente. Sin embargo, la proporción de jóvenes sufrió un cambio significativo en la segunda mitad, como se demuestra con datos relativos a la ciudad de Barcelona para el período 1860-1910.

En el transcurso de menos de un siglo —de 1826 a 1900— la población de la ciudad de Barcelona se multiplicó más de cinco veces, llegando a pasar del medio millón de habitantes. En general, perdieron población o permanecieron estancados los centros agrícolas, mientras que todas las ciudades en las que se fué expansionando la industrialización aumentaron su número de habitantes, como en los casos de Tarrasa, Sabadell, etc.

El movimiento demográfico dentro de la propia Cataluña fué muy intenso, sobre todo a causa del trasvase de la población montañesa al litoral. El crisol que aglutinó la economía catalana fué, sin duda, Barcelona, donde se dieron cita gentes procedentes de todas las comarcas catalanas.

El progreso de la economía catalana fué —a juicio del autor— una obra colectiva en la cual las minorías dirigentes, fabricantes y terratenientes, volcaron sus energías enseñando a los campesinos y a los obreros los nuevos procedimientos técnicos para el mejo-

ramiento de la producción agrícola e industrial. Y aunque la tarea resultara a veces durísima para los trabajadores, no puede decirse que, como en otros países de Europa, éstos fueran sacrificados en aras al progreso económico. En este sentido y hasta fines del siglo, las reglas del juego económico-social fueron en Cataluña relativamente flexibles, lo que hizo posible profundas infiltraciones de la gente trabajadora en el seno de las clases dirigentes.

* * *

La recuperación agrícola de Cataluña después de la Guerra de la Independencia fué muy difícil y larga, a consecuencia de las grandes devastaciones sufridas. Contrariamente al parecer sostenido por Larraz respecto al enderezamiento de la agricultura como primerísimo impulso que recibió la economía española del 800, los trabajos de investigación original disponibles demuestran —dice Vicéns Vives— que el campo de Cataluña no registró una verdadera expansión hasta fines del año 1828, o sea en un momento en que también la industria textil resurgía del tremendo impacto de la guerra y de la crisis. Hacia 1830 se entra, sin embargo, en un período de normalización de la vida agrícola, que no fué otra cosa que la restauración de la obra del siglo XVIII.

La producción de la agricultura catalana continuó moviéndose sobre una base cerealista y ganadera del todo insuficiente, a la vez que se beneficiaba de la expansión del olivo y, sobre todo, de la vid, con cierto desarrollo del cultivo de los almendros y avellanos en el campo de Tarragona.

A la terminación de la primera guerra carlista, que afectó grandemente a la agricultura catalana, ésta se rehizo

rápida, impulsada ahora por la primera, aunque ligera alza de precios registrada en el mercado mundial.

Más tarde se dió la aparición de cultivos más especializados, como maíz, patata, frutos secos y agrios, arroz, etcétera, que cambiaron totalmente el panorama agrícola, junto con el hecho trascendental de la transferencia de la propiedad a partir de 1850, y la verdadera revolución agraria, consistente en el empleo de abonos, de máquinas y de trabajo más especializado por parte de los agricultores, que se vió favorecida además, por el desarrollo de la red de transportes hasta entonces muy insuficientes en todas las provincias catalanas.

La principal consecuencia del establecimiento de la red ferroviaria en Cataluña fué la de relacionar directamente sus centros consumidores con las regiones trigueras y ganaderas de España, pero las consecuencias de la política de transportes no se hicieron sentir hasta fines de siglo. También tardaron en ser notados los beneficios de la introducción de los abonos nitrogenados.

El avance de la agricultura catalana en la segunda mitad del siglo XIX tuvo como base, al igual que en la centuria precedente, el cultivo de la vid. La expansión de ésta no conoció límites, ocupando no solamente los boscajes y las escarpadas faldas de las colinas, sino también tierras campas, hasta entonces dedicadas a los cereales. Entre 1850 y 1865 se dió una expansión considerable de la viticultura. Los años siguientes fueron todavía más remuneradores. Al hacer su aparición la filoxera (1865) en la otra vertiente de los Pirineos, la destrucción de las viñas francesas provocó un alza fabulosa de los productos vitivinícolas catalanes. Durante los quince años que duró la in-

vasión filoxérica en Francia, una riada de oro se extendió por el campo de Cataluña y contribuyó al carácter expansivo del periodo. Pero en 1879 la filoxera atravesó también los Pirineos y se extendió, arrasando las viñas catalanas. El momento más relevante de la crisis fué el periodo 1892-94, que se caracterizó, asimismo, por una profunda alteración social, la de los "rabassaires" en 1893. El estrago alcanzó de lleno a la población campesina, que emigró en gran número de las zonas afectadas complicando la situación de las poblaciones industriales, especialmente de Barcelona.

* * *

Por su extraordinaria importancia, dedica el autor, como es lógico, un mayor detenimiento al análisis de la industria.

Es un tópico ya habitual hablar del desarrollo de la industria catalana del 800. Siempre se la describe como una ininterrumpida cadena de éxitos sólo cortados por la incompetencia de los gobiernos centrales y el ilusionismo de los paladines de la doctrina librecambista. Desde luego, es innegable que Cataluña logra a lo largo del siglo considerables progresos en su camino hacia la asimilación de la actividad industrial, fruto de las recientes técnicas y de las nuevas fuentes de energía. Pero ni estos progresos fueron constantes ni uniformemente acelerados, ni mucho menos alcanzaron la triple finalidad que distingue a las naciones más avanzadas en aquel aspecto como fué la constitución de una poderosa industria minerometalúrgica, el desarrollo integral de una industria textil y organización de la producción con fines de libre competencia en los mercados exteriores sin recurrir al monopolio o a las barreras aduaneras. Si esto fueron

hechos comprobados, es evidente que esta afirmación no quita méritos al esfuerzo realizado por los hombres de empresa catalanes del siglo XIX, porque cuanto más se investiga en los documentos originales del proceso de industrialización de Cataluña, tanto más se admira la desproporción entre la escasa realidad de la infraestructura económica del país y la amplitud de los proyectos realizados tal como pone de relieve claramente el autor de la obra que comentamos.

Al iniciarse la Guerra de la Independencia, Cataluña presentaba ya una estructura industrial de cierta importancia. Ya en 1805, la principal industria textil barcelonesa era la de hilados, tejidos y estampados de algodón, en cuya fabricación hallaban empleo unas diez mil personas en más de 150 establecimientos, a la que seguían en importancia otras ramas de la industria textil repartidas por casi toda Cataluña.

La guerra produjo un descenso considerable dentro del desarrollo del sector textil y la recuperación no fué nada fácil, llegándose a ella bastante más tarde, hacia el período 1827-34. La introducción de nuevos adelantos técnicos, el proteccionismo y cierta entrada de capitales procedentes de la liquidación de determinados negocios de las antiguas colonias españolas en América produjeron, evidentemente, un impacto expansivo en la industria catalana. Posteriormente, a partir de 1841, puede situarse la era del equipamiento industrial moderno y de la concentración capitalista en la industria del algodón, activada en gran parte por la importación de la nueva maquinaria extranjera y la aparición de las principales empresas textiles que caracterizaron la prosperidad catalana de la segunda mitad del siglo.

El desarrollo de la industria lanera

fué posterior y más lento que el de la algodónera, pero contribuyó, asimismo, a completar el gran cuadro industrial textil de Cataluña hasta el punto de que en 1879 las empresas laneras catalanas eran en número de 883, seguidas por las del reino de Valencia (868), Burgos (330), Salamanca (205) y otras provincias. Sólo en Sabadell había en 1871 más de 8.000 obreros ocupados en la industria de la lana.

Otra rama industrial, dique de atención, fué la metalúrgica, íntimamente ligada a la minería. A pesar de que la actividad minera fué inagotable, con gran número de sociedades creadas al efecto, el suelo de Cataluña no se mostró pródigo a la llamada de quienes buscaron los elementos del progreso industrial del 800: carbón y metales, y los resultados fueron poco satisfactorios. Esto implicaba la absoluta dependencia de la metalurgia catalana al carbón y al hierro extranjeros, poniendo un estrecho freno a su libertad de acción y comprometiendo gravemente su futuro. Con hierro y carbón, o tan sólo con uno de los dos minerales, Cataluña hubiese completado su economía, fomentando la marina y otras actividades y evitando la peligrosísima orientación hacia el exclusivismo textil. Sin embargo —como ha señalado en su obra el autor—, los hombres de empresa catalanes hicieron mucho más de lo que podían y el renacimiento de esta industria sirvió como puntal económico de gran interés. Sin materias primas a su alcance, casi sin técnicos, fueron capaces de forjar una industria que completaba, aunque deficitariamente, el arranque económico de Cataluña a mediados del siglo XIX.

La Restauración sentó las bases que consolidaron el ritmo progresivo de la industria textil catalana, sobre todo durante el período de la denominada "fie-

bre del oro" (1876-86), que coincide con el retorno a la política de industrialización y de consolidación de la economía peninsular con inversiones extranjeras. A pesar de la crisis de 1866, algodoneros y laneros consiguieron multiplicar sus ventas, tanto en el interior como en el exterior, amparados en el Arancel semiproteccionista de 1891 y en la ley de relaciones comerciales de 1882 sobre la exportación a las colonias de las Antillas de los tejidos españoles con una exención de derechos aduaneros.

Otras actividades industriales de Cataluña, a las que dedica Vicéns Vives su atención son las ramas de la química, la electricidad y el corcho.

Los progresos de la industria química se llevaron a cabo, sobre todo, en los últimos decenios del siglo XIX. Las fábricas se concentraron en Barcelona o en las poblaciones de sus alrededores cerca del puerto, por donde llegaban fácilmente las materias primas o se exportaban los productos elaborados.

Al lado de la industria química destacó, a su vez, la eléctrica, llamada a tener una enorme expansión, precisamente a causa de la falta de energía derivada de la escasez de carbón que se hacía sentir en Cataluña, siendo digno de poner de relieve que la primera central eléctrica instalada en España lo fué en Barcelona (1873).

Pero ninguna de las industrias mencionadas, incluyendo la textil, presenta el interés de la corchotaponera. Se debe esto a que demuestra el grado de iniciativa y vitalidad de los industriales y de la capacitación técnica de los obreros, tratándose de una industria que trabaja con materia prima obtenida "in situ". Entre los años 1830 y 1835, se inició el imperialismo económico del corcho catalán, que se ha prolongado después hasta nuestros días. Desde 1849

a finales de siglo, las exportaciones de tapones de corcho cobraron un auge extraordinario, constituyendo un notable ingreso para la economía catalana. Sin embargo, aún fué más interesante el impacto social y económico de la industrialización del corcho, que llegó a ocupar unos 20.000 obreros, repartidos sobre todo en el Bajo Ampurdán.

* * *

A pesar del desarrollo de las actividades industriales a las que se han pasado revista brevemente, no debe olvidarse que Cataluña continuó siendo durante el 800. un pueblo de comerciantes. El comercio al por mayor o al detall acaparó una buena parte de las actividades de los catalanes. En las postrimerías del siglo XIX, el puerto de Barcelona era el centro más importante del comercio español.

Reunía no solamente muchas casas catalanas que representaban intereses extranjeros en toda España, sino también sucursales de la primeras firmas comerciales inglesas, francesas, alemanas e italianas. Las cifras confirman este hecho de manera indiscutible, sabiendo que el 42 por 100 del comercio español de importación a comienzos del siglo XX se realizaba a través de Cataluña.

Por otro lado, los comerciantes catalanes se extendieron por toda la Península, realizando una verdadera colonización económica e industrial del país. Los establecimientos que fundaron los catalanes a partir de 1830 constituyeron la red que más tarde, ya entrada la época del ferrocarril, aprovecharían viajeros de comercio y revendedores. A fines de siglo, el resto de España constituía el mejor mercado de la industria catalana, ya que compraba a Cataluña manufacturas por valor de

500 millones de pesetas (300 solamente a los países extranjeros) y, a su vez, las demás regiones españolas eran unos de los principales proveedores de Cataluña con unos 450 millones de pesetas (700 millones salían fuera de las fronteras nacionales). El gran desarrollo de las carreteras a partir de 1848 y, posteriormente, el tendido de la red ferroviaria, contribuyeron grandemente a la expansión económica de Cataluña. El movimiento portuario fué, asimismo, cada vez más intenso.

* * *

Uno de los aspectos más interesantes de la vida económica de Cataluña durante el 800, se refiere a la historia del dinero. La primera etapa dorada de las finanzas catalanas correspondió a los años 1843-47. Con sólo fijarnos en los capitales de las sociedades oficialmente constituidas en este período, comprobamos un extraordinario aumento de las inversiones, prueba visible de la potencialidad progresiva del torrente circulatorio. Destaca en estos años la fundación del Banco de Barcelona (1844), de gran influencia en el desarrollo económico catalán; posteriormente surgió el Banco Hispano-Colonial (1876) y un sinfín de sociedades financieras y navieras de gran importancia.

El último tercio del 800 fué un período de verdadero enriquecimiento del país. La expansión de la red ferroviaria hacia el interior de la península con el aumento consiguiente de ventas de productos industriales de toda especie, fabricados en Cataluña o comprados en el extranjero; el desarrollo del comercio de tejidos con América; los ingresos producidos por la venta de vinos, tapones y frutos secos, harina y papel; la entrada de capitales proce-

denes de las colonias emancipadas, estos y otros factores interesantes, acumularon gran cantidad de dinero en Cataluña. En opinión del autor: "Al contrario que España (*sic*) de comercio deficiente y con un lastre de intereses anuales para pagar los 4.200 millones de pesetas que los extranjeros habían invertido en su capital industrial y ferroviario, Cataluña se encontraba libre de deudas y con un porvenir aparentemente consolidado" (página 153). Parece un tanto peligroso este pasaje, por cuanto supone una interpretación verdaderamente absurda de los hechos. El profesor Vicéns Vives toma la cifra de 4.200 millones de pesetas de Sardá, quien calcula en este volumen la deuda de España con el extranjero en 1881, distribuida en 2.200 millones de Deuda exterior y 2.000 de inversiones de particulares. En consecuencia, es inadmisibles que, como dice el autor, Cataluña se encontrara libre de deudas por las dos razones siguientes: 1.ª) La partida estricta de Deuda exterior, arrastrada ya de antiguo, se refería, como es lógico, a todo el país, por lo que no vemos el motivo de que Cataluña, como parte integrante de España, no tuviera nada que ver con dicha deuda; 2.ª) En cuanto a las inversiones extranjeras, también Cataluña tenía que estar forzosamente endeudada por el hecho obvio de que también se realizaron inversiones extranjeras en su propio territorio, incluso en actividades tan primarias como, por ejemplo, la sociedad Aguas de Barcelona, constituida en París en el período a que se refiere el autor.

* * *

Dedica también Vicéns Vives su estudio al análisis de la gran polémica de la vida económica del siglo XIX, es

decir, la lucha entre proteccionismo y libre cambio. Concretamente, refiriéndose a Cataluña, sostiene el autor que existen muchos hechos económicos que se acercan muy poco a la teoría generalizada, según la cual, la defensa intransigente del proteccionismo fué la causa misma de la prosperidad de Cataluña en el 800. Sin embargo, la adopción por Figuerola del librecambismo moderado, tuvo un efecto decisivo al asegurar el triunfo final de nuestra economía contemporánea.

Después de examinar las distintas escaramuzas registradas a lo largo del siglo entre proteccionistas y librecambistas, el autor destaca el hecho de que a raíz de la revolución de 1868, se llegó al Arancel de 1869, que fué un golpe de gran consideración para los catalanes proteccionistas, pero que, evidentemente, provocó, según palabras de Vicéns Vives: "La caída de la obra muerta de la nave y del lastre de los monopolios y vividores del proteccionismo. Se escucharon muchos lamentos pero eran inevitables. Una nueva y poderosa corriente invadió los canales de la circulación económica catalana como lo demuestran todas las curvas de la coyuntura; aumento del comercio, de las importaciones de algodón y lana, y de toda clase de maquinaria hasta para la industria siderúrgica; desarrollo de la marina de vapor y de la industria lanera, tras un corto período de adaptación" (pág. 162).

Más tarde, los avatares de la política cambiante del siglo XIX hicieron que la caída del librecambismo fuera un hecho, pero hay que poner de relieve que ya no eran sólo los catalanes los que reclamaban una ordenación seria

del trabajo en España; asturianos, vascos, navarros y castellanos sostuvieron la acción del Fomento del Trabajo Nacional, donde, desde marzo de 1889, se habían integrado todas las fuerzas proteccionistas del país.

El autor estudia también en su obra las fluctuaciones demográficas, económicas y sociales, destacando una serie de situaciones alternas, hasta llegar al cambio de tendencia a mediados del siglo que prelude el "boom" de 1846, confirmado una vez superada la crisis de 1854, a consecuencia del impulso que recibió la economía catalana a raíz de la guerra de Crimea. Desde este momento hasta la crisis de 1886 o sea, durante treinta años, los asuntos económicos marcharon cada vez más prósperos. Cataluña se benefició de la tendencia expansiva de la coyuntura, entregándose a un trabajo agotador que en muy pocos años le proporcionó el control de la totalidad de la producción textil española. El dinero se canalizó hacia Barcelona desde donde contribuyó eficazmente a la construcción de la red ferroviaria nacional, al lado de capitales franceses y belgas. La capital catalana constituía el principal mercado de acciones y obligaciones ferroviarias y municipales, mientras que en Madrid, el dinero procuraba especular con el papel del Estado.

La situación económica se mantuvo hasta que la depreciación de la peseta, iniciada en 1881, se hizo patente desde 1892, uniéndose a ello los difíciles problemas coloniales que desembocaron en la gravísima crisis de 1898, con la que se cierra el período económico ochocentista.

JUAN PLAZA PRIETO

PROGRAMMING TECHNIQUES FOR ECONOMIC DEVELOPMENT: United Nations. Economic Commission for Asia and the Far East. Bangkok, 1960; 130 páginas.

Indudablemente, las Naciones Unidas han prestado un gran apoyo al esclarecimiento de algunas cuestiones planteadas en el campo de la política económica. Diferentes grupos de expertos por ellas convocados estudiaron problemas tan importantes y complejos como la estabilidad económica internacional o el logro y mantenimiento del pleno empleo —por no citar más que dos—, dejando constancia de sus análisis, conclusiones y recomendaciones en sendos informes publicados y ampliamente difundidos.

Pero ha sido el interés creciente manifestado en torno al desarrollo económico el que probablemente ha centrado más la atención de dicho organismo internacional. Aparte de una estimable recogida y sistemación de datos estadísticos relativos a los diversos aspectos económicos de los países subdesarrollados —renta nacional, relaciones reales de intercambio, índice de precios, etc.—, han alcanzado también gran difusión informes sobre las medidas para el desarrollo económico de los países subdesarrollados —que dió lugar a una polémica entre Lewis, su principal inspirador, y Frankel, publicada en esta misma revista— y otros sobre métodos de financiación del desarrollo, etc.

Por otro lado, las Comisiones regionales que abarcan la América Latina —CEPAL— y Asia y el Lejano Oriente —ECAFE— y que, por tanto, incluyen un gran número de países subdesarrollados han trabajado intensamente en este sentido publicando valiosos infor-

mes. Ciñéndonos exclusivamente al problema de la planificación del desarrollo, cabe señalar la doctrina y metodología uniforme señalada por la CEPAL en torno a las técnicas de programación y su aplicación concreta a varios países de Hispanoamérica.

La Comisión Económica para Asia y el lejano Oriente se ha ocupado también de esta cuestión, sobre todo en varios números de su *Boletín Económico*, pero no había creado aún ese instrumento uniforme que hemos indicado en la CEPAL. Al parecer inicia ahora esta labor en una serie de estudios consagrada a las técnicas de programación, de la que el volumen que reseñamos es el número uno. A tal fin ha reunido un grupo de expertos, entre los que destacan Shosh, Higgins, Shinichi Ichimura, Timbergen, etc.

A lo largo de todo el estudio se nota la presencia de este último profesor, y existe en algunas partes una gran similitud entre las ideas expuestas en su obra *The Design of Development* y las vertidas aquí. Asimismo es análoga la línea metodológica propuesta.

El objetivo que se propusieron los autores parece que ha sido poner a disposición de los estudiosos y autoridades económicas de los países de la región una serie de conocimientos e instrumentos con los que efectuar la programación de su desarrollo. Creemos que el fin es aceptable, pero que ha habido una falta de adecuación por parte de los medios —en este caso, la obra comentada—. Un volumen de 130 páginas, de las cuales, 79 se dedican a la

doctrina de la programación y el resto a la exposición de modelos económicos y bibliografía, no puede satisfacer plenamente ni a las autoridades ni a los estudiosos. A las primeras porque los aspectos tratados —como veremos en seguida— son tantos que necesariamente no pueden tener la precisión que es de desear a la hora de enfrentarse con la confección de un plan de desarrollo. A los segundos porque, naturalmente, no les convence ver expuesta, por ejemplo, la programación dinámica del desarrollo en un par de páginas. O bien conocen el problema, en cuyo caso sobra la lectura de esta publicación, o bien tratan de conocerlo o conocerle mejor, en cuyo caso la exposición aquí analizada es, a todas luces, insuficiente.

Sin embargo, si como hemos dicho un manual de esta clase no satisface plenamente, si puede resultar parcialmente interesante a la hora de conseguir una visión de conjunto del estado actual de las técnicas de programación económica y a la hora de que los encargados de dirigir la política económica se enteren de la existencia de instrumentos que les pueden resultar de utilidad. Comienzan los autores exponiendo el método más sencillo de programación del ritmo general de desarrollo, es decir, del incremento del producto nacional, que descansa, como es sabido, en el cálculo de la relación capital-producto, contando con un volumen dado de ahorro. A estas alturas no vamos a ser nosotros los que exponamos los numerosos argumentos esgrimidos contra la validez de la relación global capital-producto. Un esquema general de desarrollo que se base en un valor unimesco tan endeble se presta a toda clase de críticas fáciles. Por eso, no es extraño que tiendan algunos en la actualidad a orientarse

según otros indicadores más consistentes.

Estudiado el ritmo general de desarrollo, se sumergen los autores en la programación de los diversos sectores, comenzando con la exposición, a modo de ilustración, de modelos con solamente dos sectores: bienes de consumo (bienes de inversión, exportación), mercado interior y agricultura (industria). Creemos que se ha pretendido aquí familiarizar al lector con ciertos conceptos y métodos que hacen más fácil la comprensión de los capítulos siguientes. Desde este punto de vista el análisis satisfactorio, sobre todo si se tiene en cuenta la existencia de observaciones y conclusiones intercaladas evidentes, pero muchas veces ignoradas u olvidadas por los encargados de dirigir la política económica.

El capítulo siguiente da guías para la evaluación de proyectos señalando ideas para la medición de los efectos directos e indirectos de éstos, con el fin de ordenarlos según un orden de prelación. Demasiado simple para la complejidad del problema. Se recomienda el empleo de los nacientes "precios contables" —utilizados sobre todo por Chenery y Tinbergen—, concepto que estimamos sugestivo y cuya investigación prospera en la actualidad dentro del rápido avance de las técnicas de programación. La operatividad de los mismos se enfrenta, desde luego, con numerosas e importantes dificultades —desde su precisión teórica hasta la disponibilidad de datos—, pero seguramente no ha de resultar infructuoso el camino emprendido.

El capítulo más concentrado del informe es el dedicado al estudio de la planificación del desarrollo de un gran número de sectores. Se recurre aquí, como es obvio, al análisis "input-output" y se resalta acertadamente la insuficien-

cia del modelo de Leontief para la programación del desarrollo si no se dispone de otra tabla de coeficientes de capital que se ligue a la de relaciones intersectoriales (una exposición clara de esta cuestión la ha realizado, por ejemplo, Lange no hace mucho en *Econometría*). Se señala también la utilidad que a este respecto puede tener la aplicación de la programación lineal. Da idea este capítulo de los amplios horizontes que se abren a los estudiosos de este campo de la economía insospechados hace bien pocos años. Afortunadamente la intensidad con que se trabaja en la actualidad nos permitirá apreciar no dentro de mucho tiempo si los resultados corresponden a los esfuerzos e ilusiones puestos en la tarea.

Finalmente, se consagran brevísimos capítulos a la planificación regional, al ajuste a corto plazo de alteraciones exteriores al sistema y a la política referente a la educación y distribución de la renta.

Como es habitual en esta clase de informes de las Naciones Unidas, se concluye con una serie de recomendaciones entre las que se concede elevada prioridad a la difusión de los conocimientos relativos a las técnicas de pro-

gramación, la elaboración de datos estadísticos relativos a los costes, el disponer de comparaciones internacionales de coeficientes y el estudio de los precios contables.

En la segunda parte, y en forma de apéndices, el economista japonés Shinichi Iehimura y el profesor Tinbergen exponen una serie de modelos econométricos para aplicación de la doctrina expuesta en los capítulos anteriores.

Un juicio final había de pesar, naturalmente, los aspectos favorables y desfavorables de la obra. Entre los primeros cabría señalar su exposición sistemática, el dar una visión global muy actual del estado de la cuestión, las observaciones y sugerencias que incitan a profundizar en determinados aspectos, etcétera. Entre los segundos, sus líneas demasiado esquemáticas, la brevedad excesiva y simplicidad con que son tratadas ciertas cuestiones, etc. Naturalmente que estos últimos aspectos pueden desaparecer si la serie de publicaciones de la ECAFE continúa —como parece va a hacerlo— abordando, profundizando y aplicando todas estas técnicas.

JAVIER IRASTORZA REVUELTA

SIR OLIVER FRANKS: *Some Reflections on Monetary Policy in the light of the Radcliffe Report*. Asian Publishing House. London, 1960.

A la publicación del Informe Radcliffe ha seguido un torrente de artículos que, aprovechando la ocasión, han vuelto a poner en primer plano un tema de tan rancio abolengo en la literatura económica, como es el de la efectividad y "modus operandi" de la política monetaria. Durante un corto espacio de tiempo, todo economista que

se precia, ha tenido algo que decir sobre tema tan manido. Los autores del Informe permanecieron, al principio (*) apartados de la discusión. Po-

(*) Roto el silencio por sir Oliver Franks, algunos de sus colegas le siguieron posteriormente. Véanse, por ejemplo, A. K. Cairncross, "Monetary Policy in a Mixed Economy", Wickell Lectures, 1960; y R. S. Sayers, "Alternative Views of Central Banking". *Económica*, mayo 1961.

ello, unas conferencias sobre el tema a cargo de uno de los miembros del Comité—a la sazón sir Oliver Franks—, revestían un interés de primer orden. Caba esperar que en ellas se diese, en alguna medida, una respuesta a las críticas suscitadas.

Sin embargo, en *Some Reflections on Monetary Policy*—que es el título bajo el que se han recogido las aludidas conferencias—sir Oliver Franks, para desencanto del profesional y probable beneficio de los “no iniciados”, ha elegido no meterse en aguas demasiado técnicas y profundas, dedicándose a dar una versión telegráfica de la parte central y teórica del Informe Radcliffe, sazónada con algunas ideas propias. Está visto que no es patrimonio exclusivo de las audiencias españolas el sentirse desilusionadas con las conferencias con que, de vez en cuando, los profesores extranjeros o nacionales tienen a bien regalarles. Aun así, sin embargo, *Some Reflections on Monetary Policy* presenta cierto interés; después de todo, no carece de importancia para el alumno sin soberbia que el propio profesor le señala con lápiz rojo los párrafos que debe aprenderse de memoria.

Aun cuando hay un estrecho paralelismo entre las formulaciones de objetivos de la política económica actual y de hace treinta años (mantener la cotización de la divisa, evitar la inflación, y conseguir y mantener un alto nivel de empleo), ha habido cambios fundamentales en cuanto a tales objetivos. Tales cambios son los siguientes:

a) Los gobiernos han reconocido explícitamente la responsabilidad de perseguir los objetivos señalados anteriormente.

b) Frente a la creencia de antaño

en la existencia de una armonía entre los fines de la política monetaria, se tiene ahora conciencia, deparada por la experiencia, de su incompatibilidad.

c) No se puede hablar ya de “objetivos monetarios”, sino de “objetivos económicos”. La política monetaria no es el instrumento, sino un instrumento; existiendo otros alternativos, de hecho complementarios, que no pueden olvidarse.

d) Las economías modernas son economías mixtas en las que el sector público representa una porción muy sustancial de la demanda total. El aumento de la imposición y el recurso a los mercados financieros en cantidades masivas implica, por una parte, que el poder del presupuesto y de la política fiscal para contender con el nivel de la demanda ha aumentado considerablemente; y, por otra, que hay un conflicto latente en las aspiraciones de la política monetaria. “El Gobierno no puede crear condiciones en las que la venta de valores por los particulares resulte poco atractiva sin que le sea difícil a él mismo la venta de los suyos.”

Sobre este nuevo telón de fondo, ¿cómo opera la política monetaria? Sir Oliver Franks, siguiendo al Informe, cree que el principal instrumento no es el control de la oferta de caja, ni siquiera el control de la oferta monetaria. La razón estriba en que no hay una distinción absoluta entre lo que es dinero y lo que no lo es. Hay muchos activos líquidos que, sin servir de medio de pago, actúan como casi sustitutos del dinero y son tan pertinentes respecto a las decisiones de gastar o invertir como la cantidad de dinero en sí misma.

Y, así, hay que considerar los tipos

de interés, el precio del dinero, más bien que su cantidad, como el factor más importante. Las variaciones en los tipos de interés tienen un doble efecto: el "interest-incentive effect" y el "general-liquidity effect". El primero hace referencia al efecto derivado de ser el interés un factor de coste, y su importancia es pequeña; el segundo—formulado por R. V. Roosa aunque sir Oliver Franks no lo diga—se refiere a los efectos que las variaciones en los tipos de interés tienen sobre el valor de los activos financieros y, consecuentemente, sobre la conducta, no de los prestatarios, sino de los propios prestamistas.

Tomando los dos efectos juntos, se obtiene una presión *real* sobre el nivel de la demanda, pero es gradual y no muy grande. Pero ¿qué pasa si lo que se desea son efectos rápidos, a consecuencia, por ejemplo, de la urgencia en la situación con el exterior? Porque, además, en circunstancias de amplia liquidez—como era el caso de Gran Bretaña en la década de los cincuenta—una restricción crediticia operará también gradualmente y con poca fuerza (1).

Sir Oliver Franks no da una respuesta explícita a la cuestión; leyendo entre líneas podría inferirse que, en las circunstancias apuntadas, la única solución estribaría en una acción por el lado fiscal o incluso de los controles directos. Mirando al futuro, sin embargo, sir Oliver Franks cree que, habiéndose "absorbido" ya gran parte de la excesiva liquidez, la economía será más sensible a las medidas monetarias. Así, en condiciones normales, las autorida-

des deben fiar principalmente en los tipos de interés para ejercer presión sobre la economía. En casos extremos—amenaza de inflación o depresión—, la presión monetaria normal debe reforzarse con una triple acción: estableciendo un límite al crédito bancario; mediante un control cuantitativo a las emisiones de capital, y mediante una restricción de la financiación "hire-purchase".

En cualquier caso, el sector público no debe marchar en dirección contraria a la que se exija del privado. A este efecto, el Gobierno debe explicar en el Parlamento por qué desea que se actúe en la forma indicada y, al mismo tiempo, examinar la propia tendencia de la inversión pública, de forma que pueda verse claramente que los dos sectores se mueven en la misma dirección.

Se ha señalado anteriormente que, leyendo entre líneas, sir Oliver Franks se muestra escéptico respecto a la efectividad de la política monetaria en épocas en las que exista una amplia liquidez, como era el caso en la década de los cincuenta. En "épocas normales", como las que espera para la década que acaba de empezar, habiéndose absorbido la liquidez en exceso, "la economía será más sensible a las medidas monetarias". Es ésta una forma, me parece a mí, un tanto particular de presentar el problema. Porque ¿a qué se deben esas circunstancias de amplia liquidez? ¿no demuestra la experiencia que en muchos casos no son sino el efecto de una política fuertemente expansiva del sector público? Y si lo son, ¿es que el mantenimiento de la demanda dentro de los límites del equilibrio puede estribar en otra cosa que en la perogrullada de extirpar el foco

(1) Los efectos conseguidos a finales de 1957, cuando la drástica elevación del tipo de descuento y demás medidas restrictivas, fueron debidos, según sir Oliver, no tanto a las medidas internas como a un cambio en la coyuntura internacional.

inflacionista, esté donde esté? En las condiciones apuntadas, estando generándose una liquidez adicional excesiva por el sector público (1), la política monetaria puede ser incapaz de conseguir las reducciones pertinentes en la demanda privada; pero supongamos que no lo fuera, ¿se habría conseguido realmente algo con ello? Si ante cual-

quier aumento de la demanda pública la política monetaria tuviera y pudiera practicar una reducción paralela de la privada para mantener el equilibrio, ¿no implicaría ello pura y simplemente una socialización de la economía a través de métodos monetarios? Pero, evidentemente, si el objetivo es la socialización, existen sin duda métodos mucho más directos y eficaces, aunque menos confesables, que el monetario. En la esfera monetaria, como en todas las demás, lo que no se puede hacer es mantener dos velas encendidas, una a Dios y otra al diablo.

A. J. SANCHEZ-PEDREÑO MARTINEZ

(1) "Al mismo tiempo que el Ministro de Hacienda británico empezó en el verano de 1957 a abogar por una contención de la cantidad de dinero, las autoridades, calladamente, se embarcaron en un proceso de aumento de la cantidad de dinero, sin duda bajo las exigencias prácticas de la financiación gubernamental." R. R. Harrod, *Policy Against Inflation*, pág. 204.

The Soviet Seven Year Plan. A Study of Economic Progress and Potential in the U. R. S. S.; introducción por Alec Nove, Phoenix House Ltd. London, 1960, 126 págs., 10 s., 6d.

Un conjunto de estudiosos decidió recientemente analizar las perspectivas actuales de la economía soviética. Fruto de su esfuerzo es el librito que comentamos, y con cuya falsilla pretendemos puntualizar algo sobre los planes soviéticos y su situación actual.

Como es bien sabido, en plena etapa del denominado "comunismo de guerra", fué elaborado el denominado Plan Estatal para la Electrificación de Rusia, o Plan del Goelro. La influencia de este plan fué enorme en la mentalidad de los dirigentes comunistas. Lenin señalaba ingenuamente: "Rusia Soviética es igual a socialismo más planificación."

La llegada de la N. E. P. alteró un tanto la situación. El 22 de febrero de 1921, en vísperas de la nueva política, se había creado la *Comisión de Planificación del Estado o Gosplan*. En la primavera de 1921 se generalizaron el hambre, los levantamientos de los cam-

pesinos y la famosa insurrección de Kronstadt. El X Congreso del Partido (marzo de 1921) decidió un cambio radical de conducta. Dentro de la misma se hallaba la decisión de que el Gosplan solucionase lo que Lenin denominaba los *problemas económicos del día*. "Se habla mucho de planificación y muy poco de planes económicos del día... —escribía Lenin al presidente del Gosplan—. La tarea actual de la Comisión de Planificación del Estado no es concentrarse en el plan de electrificación, sino dedicar toda su energía a elaborar planes económicos del día." Esto es, que resolviesen palpitantes cuestiones en alimentos, combustibles, finanzas, etc.

De aquí se partió, poco a poco, y ampliando el ámbito de los planes para elaborar un Plan económico general. De tal puede calificarse a los denominados *Cifras de Control de la Econo-*

mía Nacional para 1926-27, formuladas por el Gosplan a finales de 1925. Sin embargo, ni éstas ni las *Cifras de Control de la Economía Nacional de la U. R. S. S. para 1926-27*, y después, para 1927-28 fueron aceptadas por el Gobierno. Sus recomendaciones se encontraban llenas de un evidente desviacionismo de derechas en favor de una cristalización y ampliación de las nacientes fuerzas burguesas amparadas en la N. E. P.; por ejemplo, se tomaban medidas para el fortalecimiento de la capa superior de campesinos ricos en el período 1926-27. Stalin, que a partir de la enfermedad de Lenin en 1922 procuraba lograr el control del Partido Comunista, con ideas muy claras sobre la política a seguir comenzaba a marcar la línea de actuación. La muerte de Lenin en enero de 1924, junto con su alianza con Kamenef y Zinovief pasó a darle un poder creciente. Pero el triunfo pleno de sus ideas no se logra hasta 1930.

El XVI Congreso del Partido, celebrado en 1929, decidió implantar un nuevo sistema de política económica: los famosos Planes Quinquenales. Su objetivo, en principio, iba a ser doble: la colectivización agraria por un lado; por otro, la formulación de un Plan conjunto para la economía soviética.

Para lograrlo, Stalin atacó en un doble frente; por un lado se enfrentó con toda el ala derechista, encabezada por Bujarin, que tenía el apoyo de economistas tan conocidos como Preobrazenskij, Bessonof y Baskaief. Por otro, contra el grupo idealista de Debroim —acusado de colocar a Plejanof por encima de Lenin— y Rubin, emparentado con puntos de vista socialdemócratas marxistas alemanes, particularmente Hilferding y Rosa Luxemburgo. Como muy agudamente se expone en la obra de Henri Chambre, *El mar-*

xismo en la Unión Soviética (1), son dos artículos de Gatovski aparecidos en 1930 en *Problemi Ekonomiki* y en *Plannovoe Yoziastvo* los que marcan la transición de la N. E. P. a la era de los Planes Quinquenales. Stalin, en su trabajo de *Pravda*, publicado el 10 de febrero de 1930, titulado *Problemas de los estudiantes de la Universidad de Sverdlof y respuesta del camarada Stalin*, declaró que era preciso enfrentarse tanto con el rubinismo como con el bujarinismo.

A más de esto, frente a Trostki se decide implante el socialismo en un solo país. En medio, pues, de una polvareda filosófica y económica, de la que el Occidente tiene realmente pocas noticias, comienzan a marchar, bajo la férrea dirección stalinista, los Planes Quinquenales.

El primer plan —1928-32— se desarrolló con una febril tensión productiva. Se orientó particularmente hacia la industria mecánica y pesada. Surgen en él ciudades nuevas, como, por ejemplo, Magnitogorsk. Sus objetivos, en un 93,7 por 100 se alcanzan en cuatro años, subiendo la producción total, según datos estadísticos soviéticos, en un 118 por 100. Además, este primer Plan coincide con la crisis capitalista de 1929. Ante un mundo en el que crece la desocupación, los economistas soviéticos exhiben con orgullo el pleno empleo con que funciona su economía. Varga escribe, por ejemplo: "Ya a finales de 1930 el paro estaba liquidado de hecho... Durante los años 1928-1932, esto es, en el primer Plan Quinquenal... una de las tareas más importantes de los economistas de la U. R. S. S. fué la de conseguir las necesarias fuerzas de trabajo,

(1) *El marxismo en la Unión Soviética. Ideología e instituciones. Su evolución desde 1917 a nuestros días*. Trad. de J. A. González Catanova. Editorial Tecnos, Madrid, 1960, págs. 335-345.

porque ya no habría parados" (2). La propaganda comunista no dejaría, a partir de este momento, de airear continuamente este contraste.

El segundo plan —1933-1937— no marca un progreso tan grande como el primero. Se centra muy particularmente en la colectivización de la agricultura —la famosa *lucha contra los kulaks*— y concluye en medio de los famosos procesos contra los *desviacionistas* de todo tipo, agudizados con el asesinato de Kírof en Leningrado. En él surge el terror como arma económica, productora de eficacia. El colectivismo agrario supone al par una gigantesca expropiación sin indemnización, pero también el hundimiento de la producción rural, y más concretamente de la ganadería. Por eso reina la escasez, incluso el hambre, y paralelamente surge la vasta literatura de desencantados del *Paraíso rojo*. Hasta ahora, los desengañados lo eran por razones doctrinales. Por ejemplo, en 1930, un desviacionista cualquiera, Lucien Laurat, exponía las causas de su separación de la ortodoxia porque "las conquistas de la revolución de octubre —o lo que de ellas queda— están en peligro" (3). En cambio, las decepciones posteriores suelen radicar en que en la Unión Soviética reina el hambre, la escasez, el terror y el aislamiento. Un ejemplo típico podríamos encontrarlo en las razones que exponen un Víctor Kravchenko o un Jesús Hernández (4): "Con frialdad de cuchillo —dice éste— sentía yo también

la muerte progresiva de mis entusiasmos."

Lo que existía en el fondo era el desarrollo de una elevadísima tasa de ahorro. El proceso de crecimiento económico soviético no podía disponer de una entrada masiva de capitales exteriores, como había ocurrido en situación análoga de los Estados Unidos. La inversión habría de provenir del interior. Los costos del desarrollo resultaban, pues, casi intolerables.

El tercer Plan —1938-1942— resultó deshecho por la guerra. Gracias a la obra de Voznessenski sobre la economía de guerra de la U. R. S. S. podemos conocer de qué forma se adaptó y transformó y cómo funcionó la planificación al compás de las necesidades bélicas. En ellas jugó un papel fundamental el desarrollo de las regiones orientales de la U. R. S. S. alcanzado en estos tres primeros planes.

El cuarto Plan —1946-1950— es el Plan de Reconstrucción. Procura, simplemente, alcanzar los niveles de antes guerra, y por ello, aunque no deja de prestarse atención al Este, el acento principal recae sobre las devastadas regiones del Oeste.

El quinto Plan —1951-1955— se desarrolla en medio de las tensiones lógicas promovidas por la muerte de Stalin, ocurrida en 1953. En esta Revista se analizó ya hace tiempo la polémica de Malenkov-Kruschew que la siguió (5), y no es cosa de volver sobre la misma. De todos modos y pese a estas discusiones con su inmediato reflejo en el campo político, se inicia algún mayor desarrollo de la industria destinada a abastecer directamente las necesidades de los consumidores. Pero aunque ésta procura abarcar una gran cantidad de campos, es indudable que no resuelve,

(2) Eugène Varga, *Deux Systèmes. Economie Socialiste et Economie Capitaliste*. Editions Sociales Internationales. Paris, 1938, pág. 134.

(3) Cfs. Lucien Laurat, *La economía soviética. Su dinámica. Su mecanismo*. Trad. de Salvador Quemades, M. Aguilar. Madrid, 1931, pág. 291.

(4) Jesús Hernández, *Yo, ministro de Stalin en España*, 2.ª ed., NOS. Madrid, 1954, págs., 271-289.

(5) En enero-abril, 1955, vol. VI, núm. 1.

ni de lejos, cuestiones tan esencialmente ligadas con el bienestar como la de la vivienda —el proceso soviético en este sentido es análogo al de cualquier país en proceso de rápido desarrollo industrial— y la calidad de los bienes ofrecidos a la población. Como señala con notable perspicacia periodística Gunther, en la Unión Soviética funcionaba maravillosamente el mayor ciclón del mundo, en Dubno. El siguiente en tamaño, de la Universidad de California, posee sólo 3/5 de la capacidad del soviético. Solamente su magneto tiene más acero que un portaaviones de 26.000 toneladas. Sin embargo, la construcción de “una buena y simple lámpara parece estar más allá de las posibilidades soviéticas” (6).

Dentro de este Plan se otorgó una especial atención a la agricultura y, particularmente, en relación con el cultivo de tierras vírgenes en Kazakistán, Urales, Siberia y otras zonas orientales. En conexión con estas tareas hemos de hacer por lo menos una referencia a que se ligaba esta expansión con el ya tan comentado *Plan Stalin de Transformación de la naturaleza* (7), y en otro sentido, con el predominio de la escuela biológica Michurin-Lysenko, que tan rudos embates ha sufrido ya (8).

(6) Cfs. John Gunther, *Rusia por dentro*, hoy. Goyanarte, Buenos Aires, 1958, págs. 333-335.

(7) El resumen básico de este Plan se encuentra en la obra de V. A. Kovda, *Velikii Plan. Preobrazovanie Prirody*, o sea, *Gran Plan para la transformación de la Naturaleza*. Academia de Ciencias de la U. R. S. S., Moscú, 1952. Para conocer la base del mismo es suficiente la lectura del artículo de Albert E. Burke, *Influence of role changing the face of the earth*, editada por William L. Thomas Jr., The University of Chicago Press, Chicago, 1956, págs. 1035-1051.

(8) El punto de vista entonces oficial en la Unión Soviética —con la aprobación expresa del Comité Central del Partido— es el expuesto en la obra de V. Stoletov, *¿Mendel o Lysenko? Dos caminos en biología*. Trad. de Agustín Mendoza. Editorial Lautaro. Buenos Aires, 1951.

El sexto Plan —1956-61— es el Plan que fracasó en toda la línea. Las protestas en torno al mismo fueron continuas. En el famoso XX Congreso del Partido, Kruschef se hizo portavoz de las mismas, denunciando públicamente pésimos funcionamientos en la eficacia productiva. Por ejemplo, dijo, de Krasnoyarsk —hacia el meridiano 92° E, esto es, aproximadamente el meridiano de la capital del Tibet, Lhasa— se enviaba material de construcción a Kirof, en el meridiano 50° E —esto es, el de Bakú, a través del largo recorrido ferroviario Krasnoyarsk-Novosibirsk-Omsk-Sverdlovsk - Perm - Kirof. Pues bien, también, Kirof mandaba a Krasnoyarsk el mismo material a través de tan fabuloso recorrido.

Por ello resultó lógico que en septiembre de 1957 se abandonase el Plan, sufriendo toda la economía soviética una drástica reorganización, sustituyéndose por un Plan septenal, el 1959-1965. Al propio tiempo tiene lugar un cambio radical en la organización de la planificación económica regional; se decide la utilización de la técnica *input-output* a través de los sovnarjoses y se altera radicalmente la organización agraria. Como es bien sabido, las MTS —estaciones de Máquinas Tractores— son sustituidas por las estaciones de reparación de tractores o RTS; se sigue sosteniendo la superioridad del sojoso —ya abarcan éstos 1/4 de la agricultura— sobre el *koljós*; se altera el mecanismo financiero, sustituyendo el *Panco Agrario* de los *koljós* por el Banco del Estado, se plantea el problema del gran *koljós* y, en 1959, el mercado *koljosiano* baja sus precios en un 6 por 100. Todo ello, para quien ha seguido de cerca la evolución de la producción rural en la Unión Soviética, muestra una política vacilante, contradictoria y con bruscas oscilaciones.

También con el llamamiento de 1 de julio de 1959 se vuelve al sistema de los *udarnik* —o emulación socialista para sobrepasar el Plan— que se había criticado por considerarla perturbadora.

En el XXI Congreso del Partido se

aprobó definitivamente el Plan. Previamente Kruchef marcó las bases de partida, recogidas en el siguiente cuadro de la obra que comentamos (pág. 18), referidas a 1958:

Producciones	Unión Soviética	Reino Unido	EE. UU.
Carbón (millones de Tm.)	496	220	389
Electricidad (miles de millones de kilovatios/hora)	219,0	107,0	724
Petróleo crudo (millones de Tm.)	113,0	0,15	331
Acero bruto (millones de Tm.) ...	54,9	19,9	77
Tejidos algodón (millones m. ²) ...	4.300	1.290	8.262
Cereales (millones Tm.)	141	8,4	170
Patatas (millones Tm.)	86	5,6	12
Carne (millones Tm.)	7,7	2,0	16

El objetivo marcado se desprende de este cuadro: alcanzar a los Estados Unidos y superar netamente a la Gran Bretaña. En 1970 se espera haber logrado plenamente tales objetivos. Pero las estadísticas, aparte de que requieran ser *per capita*, exigen un cuidadoso manejo. No sólo la base teórica en las estadísticas del producto nacional son diferentes que en los países industriales, creyendo los expertos que se hallan exageradas en un 10 por 100 en la Unión Soviética, sino que a veces pueden conducir a claros engaños. Por ejemplo, recientemente ponderaba *Vestnik Statistiki* que la Unión Soviética había alcanzado a los Estados Unidos en el terreno de la mantequilla. Para quien haya estudiado la situación en el mercado norteamericano de grasas, esta noticia carece de significación.

debido a la sustitución de grasas animales por vegetales en la dieta alimenticia americana. Basta mencionar, por ejemplo, el caso de la margarina coloreada.

En resumen, las características esenciales del actual plan septenal son las siguientes:

- 1) Continuación del énfasis en la producción pesada.
- 2) Subida de los salarios en un 40 por 100.
- 3) Reforzamiento notable de la inversión, que se pretende suponga el 25 por 100 de la Renta Nacional. Se espera lograr un volumen de capitalización en esta etapa análoga a todo el logrado bajo el poder soviético.

El cuadro de tales inversiones comparado con el período paralelo anterior al plan, es el siguiente:

Sectores	Inversión planeada	Incremento en %	Porcentaje de cada sector en la inversión estatal	
	miles mill. rublos 1959-65	sobre 1952-58	1959-65	1952-58
Ind. del carbón	76,5	25	3,9	6,1
Petróleo y gas natural	171,5	138	8,8	7,2
Industrial Eléctrica	127,0	69	6,5	7,5
Siderometalurgia	100,0	145	5,1	4,1
Industria Química	102,5	415	5,2	2,0
Industria de la madera y papel	59,0	134	3,0	2,5
Industrias mecánicas	117,4	79	6,0	6,6
Industrias alimenticias ligeras	82,5	106	4,2	4,0
Otras industrias	191,6	51	9,8	12,7
Industria Construcción	111,0	81	5,7	6,2
Servicios comunales y domésticos ...	377,5	82	19,3	20,9
Construcciones sanitarias y educativas.	77,0	79	3,9	4,3
Agricultura estatal (9)	150,0	200	7,7	5,0
Transporte ferroviario	112,5	90	5,7	6,0
Otros transportes y comunicaciones.	99,0	106	5,1	4,8
TOTAL	1.955,0	82	100,0	100,0
Inversión koljosiana	345,0			
Inversión total	2.300,0			

Estos 2.300 mil millones de rublos suponen, aproximadamente, —con todas las reservas que se quiera por las dificultades del cambio— una inversión anual de más de 3 billones de pesetas, o sea del orden de 15.000 pesetas por habitante (10). Teniendo en cuenta lo que se sabe del nivel de vida soviético, es indudable que esta presión inversionista es francamente fuerte y resultaría intolerable para un país occidental.

4) Se dedicará un menor énfasis a las regiones orientales, aunque sea clara la importancia de lo invertido en las mismas. El 40 por 100 de la inversión total se dedicará a las zonas de los

Urales, Siberia, Extremo Oriente y Asia Central, que sólo posee el 30 por 100 de la población de la Unión.

5) Las plantas industriales de nueva creación se dedicarán a terrenos que pudiéramos denominar inéditos en la economía soviética; esto es, ya a los que contribuyen al desarrollo de regiones casi desiertas, ya a los que se dedican a actividades industriales recién descubiertas, o ya a las industrias energéticas. En el resto de los casos se prefiere mejorar las plantas ya existentes en vez de crear otras nuevas.

6) Se concede importancia grande a la automatización.

7) Se concede también, como puede observarse, una importancia destacadísima a la industria química. En parte para suministrar más fertilizantes para la agricultura, pero también para la construcción de plantas dedicadas a la fabricación de plásticos, fibras artificia-

(9) De este sector se excluyen ya 75.000 millones de rublos planeados para las M. T. S., transferidos, como se ha dicho, al sector koljosiano.

(10) Supongo aproximadamente una población para la U. R. S. S. de 200 millones de habitantes; cfr. el *Oxford Economic Atlas of the World*, 2.ª ed., Oxford University Press, Oxford, 1959, página 142 de la parte no cartográfica.

les y sintéticas, caucho sintético y alcohol. La importancia otorgada al sector se comprende si tenemos en cuenta que va a procurar el plan la creación, en siete años, de diez complejos de tamaño análogo, cada uno, a todo el I. C. I.

8) Se procurará la electrificación y dieselización al máximo de los ferrocarriles, hasta el punto de que en 1965 el 85 por 100 del tráfico se efectúe con estos sistemas frente al 26 por 100 actual.

9) Proporcionalmente se trabajará mucho más en el terreno del petróleo y gas natural que en el carbón.

10) La base de la energía eléctrica se desarrollará sobre todo fundándola en la de origen térmico en vez de hacerlo en la de origen hidráulico. En buena parte se dirigirá hacia la agricultura. Al llegar a este punto no deja de ser conveniente puntualizar que una granja *electrificada* soviética es algo bien diferente de una granja *electrificada* occidental. Aproximadamente en el 35 por 100 de los casos tan pomposa denominación indica sólo que se dispone de luz eléctrica.

11) Si contemplamos el orden de incrementos del cuadro anterior observamos que después de la industria química el primer puesto corresponde a la agricultura estatal —aunque ésta no supone ni la mitad de la inversión en el sector koljosiano—, lo que es muestra del camino que Kruschef trata de imprimir en este terreno. Al contrastarlo con lo expuesto más arriba sobre los recientes cambios institucionales en el sector rural, comprenderemos dónde radica uno de los fallos esenciales de la estructura económica soviética.

Este plan ¿podrá ser llevado a buen término? Los problemas que en este sentido se alzan son considerables. Fun-

damentalmente los centraremos en los siguientes apartados:

1) Es preciso lograr un incremento notable en la productividad. Pero la población agrícola —muy atrasada en muchas zonas— supone el 42 por 100 de la población activa, con un total de 39 millones de habitantes, de los que 32 millones corresponden al sector koljosiano. Por ello al plan se ligan ambiciosos planes educativos que, sin embargo, por ellos mismos no pueden superar otra grave cuestión: que la baja natalidad y alta mortalidad infantil ocasionadas por la segunda guerra mundial de modo directo o indirecto originan un déficit en los momentos presentes de población laboral joven con todas sus consecuencias.

2) El fuerte ahorro forzoso preciso para la inversión necesaria al Plan se financiará en gran parte a través de lo que los economistas occidentales denominan impuestos indirectos o cosa muy parecida. La presión a través de todos los datos conocidos puede llegar a ser casi intolerable y originar desajustes de alcance difícil de prever.

3) No conviene minimizar el que la infraestructura económica soviética posee graves inconvenientes. Por ejemplo: por su contextura geográfica los transportes consumen 1/3 de toda la energía producida en la U. R. S. S. En Gran Bretaña solamente 1/8. El carbón es de mala calidad en general, con un gran predominio del lignito. La construcción de gasoductos y oleoductos de los Urales a Bielorrusia, Golfo de Finlandia y países satélites forzosamente será muy costosa. El alejamiento de los yacimientos de hierro y carbón, complicándose además con problemas de la defensa, parece ocasiona que la Unión Soviética produzca uno de los aceros más caros del mundo. Los transportes acuáticos no siguen la línea Este-Oeste,

más conveniente para la economía soviética tal como está montada, sino la Norte-Sur. La relación podría prolongarse indefinidamente, y sin olvidar que el duro clima continental, con la tierra helada o nevada gran parte del año, supone una considerable rémora para el desarrollo rural.

4) Tampoco conviene descartar los inevitables fallos de un sistema económico que desprecia el mecanismo de los precios y que trata de ordenar la vida económica de forma muy rudimentaria. Recientemente Aristof, miembro permanente del Presidium del Comité Central del Partido, popularmente conocido como el "jefe de Siberia", se quejaba de que, pese al gran incremento planeado en aluminio, existe un gran déficit en este metal (pág. 59).

5) El Plan septenal, aunque prevé un incremento en el comercio exterior, no lo convierte en nada fundamental para la vida del país soviético. Hoy en día las exportaciones suponen sólo el 3 por 100 de la renta nacional. Con el Plan procurarán fortalecerse los lazos con el bloque comunista, que suministrará los 3/4 de todo el comercio exterior, y también incrementarse "los contactos económicos con los países

subdesarrollados", que suministrarán así algunos de los pocos huecos en materias primas del bloque comunista, como caucho y cobre. En cambio, con los países occidentales, los contactos continuarán siendo mínimos. Pero estas relaciones comerciales, centradas en el bloque comunista y zonas subdesarrolladas, combinadas con la fuerza política de la U. R. S. S., producirán —están produciendo ya— continuas fricciones al pretender forzar ésta en su favor la relación real de intercambio. La conciencia de explotación colonial puede expansionarse muy fuertemente en estas regiones y puede convertirse en una fuente de tensiones políticas dignas de consideración. Recuérdese que una de las banderas de la reciente revolución húngara era ésta precisamente.

Muchas otras informaciones contiene esta obra que comentamos. Al relacionarla con otros trabajos recientes llegamos a la conclusión de que el poder económico de la Unión Soviética procura ascender a un ritmo considerable, pero que aún le queda mucho camino que recorrer antes de alcanzar al Occidente en el simple terreno material.

JUAN VELARDE FUERTES

GROWTHMANSHIP (*La manía del desarrollo*). COLIN CLARK, Hobart Paper número 10. Institute of Economic Affairs. London 1961.

El presentar hoy a Colin Clark como especialista en problemas de desarrollo es, desde luego, superfluo; nos encontramos ante un auténtico pionero de dichos temas, y su libro *Las condiciones del progreso económico*, cuya primera edición inglesa se publicó en 1940, constituye una importante jalón en la hoy casi superabundante literatura de la especialidad. No es, pues, extraño que el Consejo asesor del Ins-

titute of Economic Affairs de Londres recurriese al Dr. Colin Clark al decidir que uno de los Hobart Papers que publica dicho Instituto estuviese dedicado a los temas—de moda en Inglaterra—del supuesto estancamiento de la economía inglesa, y de que su desarrollo debe ser estimulado mediante crecientes inversiones de capital.

Al enunciar Colin Clark por su parte el tema de que va a tratar en su

librito, dice que la esencia del mismo va a girar en torno a la siguiente afirmación: el desarrollo depende de la inversión; y a su corolario: la inversión engendra necesariamente el desarrollo. Y la tarea de Colin Clark va a consistir en demostrar que las dos proposiciones son falsas.

En su fervor "anti-inversionista", Colin Clark abarca un campo muy amplio, sin que escapen a sus críticas famosos economistas—Samuelson, Hicks, Harrod, Domar, Lewis, Rostow—, famosas teorías—la keynesiana, o, al menos, la aplicación de la misma por los seguidores de Keynes—, grupos sociales—los burócratas, ávidos de poder, y los políticos, vanidosos y aficionados a inversiones espectaculares e inútiles— e incluso prestigiosas instituciones de la sociedad inglesa—creemos no ser exagerados al considerarle así—, tales como "The Economist".

En el grupo, no muy numeroso, de figuras que escapan a la censura de Colin Clark recordamos como curiosa excepción a Gandhi, que es incorporado, en calidad de miembro distinguido, a las filas de los economistas liberales.

Creemos que el libro perderá parte de la favorable acogida que sin duda merece—pues nos encontramos en él con observaciones y puntos de vista de evidente interés—por el tono predominantemente negativo que caracteriza a sus páginas. Y en algunos casos, no tanto por las opiniones de Colin Clark en sí mismas, como por las que—a juicio nuestro de manera inexacta—atribuye a otros economistas.

La crítica de la teoría keynesiana—en la cual ve la raíz de los actuales excesos "inversionistas"—y su opinión de que sólo es válida y eficaz en períodos de depresión y paro, nos parece

exagerada. Si separamos algunas medidas políticas propugnadas por Keynes de la teoría de la renta propiamente dicha, derivada directamente de la teoría general, creemos que dicha teoría es igualmente cierta en etapas de demanda excesiva como en etapas en las que existan recursos ociosos. Tanto el "gap" inflacionista como el deflacionista son conceptos útiles en el análisis de las situaciones respectivas.

Nos parece una interpretación especialmente incorrecta el atribuir a Lewis y a Rostow la opinión de que la inversión es el factor decisivo en el proceso de desarrollo económico. Ambos ponen de relieve la estrecha interdependencia existente entre los factores socio-económicos que influyen en el desarrollo, sin que pueda atribuirse con carácter general a ninguno de ellos una preponderancia sobre los demás. Y creemos que, al transcribir Colin Clark un párrafo de Lewis comentando las posibilidades de inversión de la India, y la influencia de la relación capital-producto, ha olvidado la advertencia que hacía Lewis en capítulo introductorio de su libro (1):

"En este libro separamos las diversas causas de desarrollo a efectos analíticos únicamente. Dado que dichas causas están relacionadas entre sí, el libro debe ser leído como un todo, a fin de no ser mal interpretado; cada frase, cada página o cada capítulo da por supuesto lo escrito en otras partes, y si fuese aislado del resto, podría dejar de ser verdad."

Por otra parte, este criterio de no destacar como especialmente decisivo a ninguno de los factores que influyen sobre el progreso económico, ni siquiera

(1) W. A. Lewis, *The Theory of Economic Growth*. George Allen & Unwin, London, 1959, pág. 20.

ra es privativo de Lewis y Rostow, sino que lo encontramos en la mayor parte de los textos o tratados dedicados al tema. Y, desde luego, todos ellos subrayan la importancia del factor humano, importancia que Colin Clark parece querer descubrir en exclusiva en unión de algún otro colega.

Creemos que un mayor hincapié en la observación que el propio Colin Clark hace en la página 25 de su libro: "La sola justificación para conceder una mayor atención al capital es que la inversión puede ser más fácilmente objeto de medidas de control o estímulo que el trabajo humano..." habría hecho innecesarias buena parte de sus críticas.

En esta misma línea, la clara distinción entre tierra, trabajo y capital que, recordando a Marshall y a los clásicos, pretende mantener el autor entre los factores de la producción, no es, en muchos casos, tan evidente, si tenemos en cuenta que, en medida considerable, la capacidad productiva de la tierra o del factor humano es consecuencia de inversiones previas.

En la segunda mitad de su libro, el autor pone de relieve cómo la relación capital/producto—cuya utilidad como concepto clave del desarrollo ha discutido y negado con anterioridad—no es constante, sino que puede ser objeto de considerables variaciones, incluso para un mismo país.

Críticamente más adelante la política de inversiones llevada a cabo durante los últimos años en Inglaterra en los sectores agrícola, de la minería del carbón y eléctrico. Cree que la política de precios seguida—manteniendo los del carbón artificialmente bajos, o no gravando suficientemente las tarifas para el consumo de energía eléctrica en las

horas punta—ha dado lugar a aumentos de consumo que han exigido a su vez inversiones excesivas. Señala a este respecto que el exagerado consumo de combustible/unidad de producto en Inglaterra, sólo es superado por Rusia y Sudáfrica, si bien en esta última el carbón es excepcionalmente barato.

En otro punto del libro comenta que, en contra de lo que generalmente se cree, el desarrollo ruso de 1953 en adelante ha sido inferior al de la mayor parte de los países industriales; pero es preciso señalar que Colin Clark no entra en el detalle de la justificación de este punto de vista.

En la parte final del libro comenta las cifras de un cuadro elaborado por los colaboradores de Nelson Rockefeller, con las que se pretendía demostrar la estrecha relación existente entre los porcentajes de la renta nacional dedicados a inversión en diversos países, y las tasas de desarrollo de los mismos, de manera que cuanto mayor dicho porcentaje, mayor el desarrollo. Completado este cuadro por Colin Clark con datos de otras naciones que no figuraban en el de Rockefeller, las conclusiones de éste, en cuanto al carácter de la citada relación, quedan en gran parte desvirtuadas, al encontrarnos con países, como Noruega y Australia, en los que a unos altos porcentajes de inversión corresponden unas tasas de desarrollo muy bajas.

Terminamos nuestra reseña insistiendo en la opinión que expusimos en un principio. El libro ofrece puntos de vista y observaciones de indiscutible interés, pero su carácter, excesivamente crítico y negativo, constituye un *handicap* considerable.

JOSÉ MIRA RODRIGUEZ

E. F. BEACH: *Modelos Económicos*. Traducción del inglés por Alfonso García Barbancho. Ed. Aguilar. Madrid, 1961, 245 págs.

En muchos países parece que existe una seria dificultad al tratar de dotar a los estudiantes de Economía de los conocimientos básicos de Matemáticas y Estadística requeridos para comprender las cuestiones más elementales de la Economía Matemática o de la Econometría. Buena prueba de ello viene dada al comprobar el nivel de casi todos los manuales de Econometría que han sido publicados en los distintos países, y si el libro de Beach, que trata de comentar, ha constituido un "éxito" de la acreditada editorial "John Wiley and Sons"—como parece indicarlo el hecho de que se haya traducido al castellano por la empresa española más especializada en temas económicos—no hay ninguna duda de que una buena parte de los estudios de la economía carecen de las más elementales nociones matemáticas y estadísticas.

Afortunadamente, los economistas españoles formados en nuestras Facultades de Ciencias Políticas y Económicas no pueden encontrarse en aquella precaria situación, porque de acuerdo con el plan vigente de las enseñanzas de economía, los alumnos universitarios deben estudiar dos cursos de Análisis Matemático, que se explican con el mayor rigor científico, y que abarcan desde la Teoría Combinatoria a las Ecuaciones diferenciales; además existe un curso de Estadística Teórica al nivel del libro de H. Cramér, *Mathematical Statistics* y varias asignaturas que enfocan cuestiones económicas mediante un tratamiento matemático de carácter más o menos elemental.

El libro de Beach intenta dotar del conocimiento matemático y estadístico al estudiante de economía, o al economista, que carece por completo de la correspondiente formación; y buena prueba de ello se tiene, por ejemplo, al explicar por los métodos más elementales el concepto de "variable" matemática (págs. 9 a 12). Para conseguir su objetivo, Beach divide su libro en dos partes que denomina, respectivamente, *Modelos matemáticos* y *Modelos económicos*.

Sin embargo, estos títulos podrían inducir a sobrevalorar su contenido si no se puntualiza el mismo con mayor precisión. La parte I comienza, como acabo de indicar, con el concepto de variables; explica y representa una ecuación lineal y esboza el concepto de función (capítulo II). Con el atrayente título de "Modelos lineales" se encabeza el capítulo siguiente, en el que el autor se preocupa de resolver, con todo detalle, un sistema de dos ecuaciones lineales con dos incógnitas, y lo repite para modelos económicos estimados por diversos investigadores.

En el capítulo III se explica mediante un método más intuitivo que riguroso el concepto de derivada-válida, solamente para calcular derivadas de funciones lineales y potenciales, y concluye el capítulo con las siguientes palabras:

"En cuanto al tratamiento de otras funciones, debe estudiarlo en los textos corrientes de cálculo diferencial, pero, en cualquier caso, puede probar el método de aproximaciones sucesivas."

Pues bien, en estas condiciones de conocimiento matemático —y tras de divulgar en el capítulo IV los modelos más divulgados por la Teoría Económica— el autor supone que su avisado lector está en condiciones de utilizar el cálculo integral, las ecuaciones diferenciales y las ecuaciones en diferencia con toda soltura y el máximo rigor científico. Así, la primera vez que aparece en el libro el término, el signo y el concepto de integral es en el siguiente párrafo (pág. 69):

“Obsérvese que esto no es cuestión simplemente de aplicar integrales, las cuales nos darían:

$$\int R' dx = \int (2\alpha x + \beta) dx = \alpha x^2 + \beta x + \delta. \quad [3]”$$

Y tres líneas después se añade:

“La ecuación (2) es una ecuación diferencial” de un tipo muy simple y su solución es la ecuación (3).”

Y de esta forma tenemos resuelto el concepto de ecuación diferencial.

En el resto de la parte I se da cuenta de bastantes modelos dinámicos de tipo continuo y discreto, y esta miscelánea de modelos económicos constituye, a mi juicio, la mejor aportación del libro de Beach.

La parte II presenta un resumen de algunas cuestiones fundamentales de la Estadística Matemática: Distribuciones de probabilidad; Muestreo; Teoría de la Estimación; Regresión y Correlación; Análisis de *Confluencias*; Autocorrelación y, por último, un capítulo titulado “Relaciones múltiples” —que ocupa una extensión de 24 páginas— y que es el único que pudo haber inducido al autor a bautizar el contenido de esta parte II con la “leyenda”: “Modelos Económicos”.

Desde luego, es lamentable la presentación de la Teoría Estadística para universitarios con tan poca seriedad científica como lo hace Beach en sus “Modelos Económicos”. A título de ejemplo voy a comentar el contenido de una página completa, la 127 de la traducción española. Esta página contiene un apartado completo encabezado por el título “Variables aleatorias bidimensionales”.

Considero imposible que un lector de esta página que desconozca lo que son “Variables aleatorias bidimensionales” pueda llegar a un conocimiento, siquiera sea intuitivo, de aquel importante concepto estadístico —y la página se quiere ocupar, total y exclusivamente, de desarrollar dicho concepto—. Pero aún es más deplorable la redacción empleada para aclarar el contenido de la figura 7, incluida en la misma página: se dice textualmente:

“Evidentemente, los puntos no se esparcen de una manera uniforme por el gráfico, sino que tienden a concentrarse a lo largo de su diagonal.”

¿De qué diagonal?; ¿de la de un círculo “misterioso” al que se alude antes?; ¿del cuadrado arbitrario que constituye la figura?; ¿del rectángulo interior a ese cuadrado? La continuación del párrafo que he transcrito trata de aclararlo, pero lo único que aclara es la seguridad de que jamás se descifrará aquel jeroglífico, ya que Beach dice lo siguiente:

“Esto era de esperar porque las personas altas pesan generalmente más que las bajas.”

Al considerar poco acertado el trabajo de Beach en su *Economic Models* no trato de presentar una opinión contraria a la divulgación de los conoci-

mientos matemáticos y estadísticos elementales para economistas u otros investigadores científicos. Por el contrario, considero esta tarea necesaria y urgente en España; pero al universitario no se le deben presentar aquellos conocimientos con tono de formulario o "recetario". Por el contrario, el científico que necesita recoger ideas básicas de otro campo distinto al de su actividad habitual, la información que le interesa es, principalmente, de tipo metodológico y conceptual.

Por ejemplo, en el caso concreto de la Teoría de la Probabilidad, el científico —no estadístico— quiere conocer cuáles fueron las bases empíricas de las teorías probabilísticas que permitieron fundamentarlas, la naturaleza objetiva de los modelos fundamentales, tales como

las distribuciones probabilísticas y las relaciones de estos modelos teóricos con el mundo real. En estas condiciones un economista puede objetar la teoría frecuencialista en cuanto a la imposibilidad de aplicarla a ciertos fenómenos económicos de carácter no repetitivo y el economista podría colaborar con el estadístico para crear nuevas teorías probabilísticas que se adecuaran mejor a aquellos hechos económicos.

Por último, la traducción del señor García Barbancho es, en general, correcta, aunque yo prefiera "típico" a "estándar" y emplee la palabra "singular" en una acepción que pudiera inducir a errores por tener un contenido distinto en la terminología matemática corriente.

ANGEL ALCAIDE INCHAUSTI